



*Aquellas noches
de verano*

(Cool for the Summer)

Dahlia Adler

TRADUCCIÓN DE

ANA RAMÍREZ REQUENA

Kakao  books

Primera edición: Septiembre de 2022

Título original: *Cool for the Summer*

Editorial original: Wednesday Books

COOL FOR THE SUMMER copyright © 2021 by Dahlia Adler

Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency and

Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

All rights reserved

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2022

www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Carmen Ocaña Ordóñez

Traducción: Ana Ramírez Requena

Correcciones: Diana Gutiérrez

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impreso por Liberdúplex en Barcelona.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez. El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-124926-2-0

Depósito legal: B 15886-2022

Thema: YFM

IBIC: YFM



Para Tamar.
Puede que esta no sea una «novela de hermanas»,
pero ¿qué ficción podría compararse con la realidad?





AHORA

Así en general, se puede decir que la vida de instituto me ha ido bien. Por supuesto, si alguna vez me quejo demasiado de algo, mi madre empieza a comparar el drama que es para mí no tener mi propio coche con el drama que fue para ella no tener sus propios zapatos en Rusia, donde creció. Aun así, incluso durante mis peores berrinches de niña mimada, sé que contar con buenas amigas, sacar notas decentes, que me inviten a fiestas a menudo y tener una piel siempre impecable son factores que me convierten en una afortunada entre las afortunadas.

Sí, mi padre es un capullo que ni está ni se le espera y no me regalaron el poni que quería cuando cumplí nueve años, pero a pesar de eso, reconozco que todo me ha ido bastante bien.

Entonces, ¿por qué la casualidad me recuerda qué me falta en cuanto entro al Instituto Stratford el primer día del último

curso? ¿Por qué la primera persona a la que veo es Chase Harding, mi metro noventa de amor no correspondido de toda la vida? ¿Por qué tiene que estar él en el pasillo de entrada, charlando con sus colegas del equipo de fútbol americano, con las pantorrillas descubiertas en una muestra descarada de lo buenísimo que está?

¿Cómo osa, universo? ¿Cómo osa?

—Ojo con la baba, Rissy, que la gente se podría resbalar.

—Esperaba que te resbalaras tú —contesto sin apartar la mirada ni un milímetro.

No me hace falta alzar la cabeza para saber que la que me habla es Shannon Salter, la única persona que se atrevería a llamarme «Rissy». La única que puede hacerlo sin acabar con mi manicura de gel clavada en los ojos, vamos.

De todas formas, al cabo de un momento, me vuelvo hacia ella; hasta yo me doy cuenta de que estoy siendo un poco patética. Shannon simplemente me da un beso en la mejilla y dice:

—Te he echado de menos, perraca. Odio ese morenazo que traes.

—Ya te gustaría a ti tenerlo.

—Digo. —Shannon enrolla el dedo índice en torno a uno de mis bucles y tira de él—. ¡Qué corte más mono llevas! ¡Y qué rubio! ¿Cómo te atreves a pasar el verano en la playa sin mí?

—Pero si tú estuviste en París, Shan.

—Ah, pues sí, es verdad. —Una sonrisa amplia hace asomar hoyuelos en sus mejillas sonrosadas, que destacan en la palidez de su rostro—. Es increíble lo que llevo a molar.

Por desgracia, tiene toda la razón. Incluso durante esta conversación tan breve, varias personas nos han saludado, pero casi siempre con un «hola, Shannon» y un gesto de mano o una

sonrisa, con cuidado de no interrumpir nuestro encuentro posvacacional, pero con ansias de empezar el curso haciéndole la pelota a la chica más popular de Stratford.

Como si a Shannon le hicieran falta amistades nuevas.

Fue raro pasar todo el verano sin vernos. Hacía años que no ocurría, y desde luego no había pasado desde que empezamos el instituto. Pero también es verdad que el jefe de mi madre nunca le había pedido que fuera con él a Outer Banks durante el verano, y mi madre nunca me había arrastrado con ella en vez de dejarme sola en casa.

Fue un verano de experiencias nuevas.

—Sí, molas un montón —le confirмо a Shannon, y le planto un beso en la mejilla que deja un rastro de pintalabios de color coral—. Y por fin estamos juntas, que es lo imp...

—Buenas, chicas.

El saludo no como los otros, no es de pasada, y viene acompañado de una sombra. Una sombra de metro noventa. Yo no soy de chillar, pero si lo fuera, más de un tímpano habría estallado.

—Ey, Harding. —Uy, ¿he sonado demasiado sugerente? Aunque, bueno, teniendo en cuenta que él está apoyado en mi taquilla de forma *muу* sugerente, no creo que sea rara—. Te veo más alto, ¿has crecido durante el verano?

Vale, sí, ahora estoy siendo rara.

—Pues sí, gracias por darte cuenta. —Chase entorna un poco los ojos, como si estuviera analizándome la cara—. Tú también te ves distinta, Bogdan.

—Pero ¿en plan bien?

Cuando me sonrío, veo esos dientes algo torcidos que lo hacen aún más mono.

—En plan muy bien.

—Justo se lo estaba diciendo yo. —Shannon me rodea los hombros con un brazo y añade—: Fíjate qué buena está.

—Me estoy fijando —dice Chase con una sonrisa, pero yo apenas lo oigo.

No lo oigo porque acaba de entrar un fantasma por la puerta del instituto. Un fantasma de piel morena y suave. Un fantasma con labios carnosos, cabello ondulado oscuro y unos ojos ámbar que sé por experiencia que son capaces de convencerte de que hagas cosas que jamás hubieras soñado que harías.

Cosas que te gustan. Cosas que te encantan. Cosas en las que, desde entonces, has pensado cada noche con las luces apagadas.

¿Por qué ha aparecido en Stratford un fantasma con la forma de Jasmine Killary? ¿Acaso quiere atormentarme?

—Eh, Bogdan. —Unos dedos con manicura perfecta chasquean delante de mi cara—. ¿Adónde has ido?

Parpadeo con la esperanza de que se me aclare la vista, pero una Jasmine de carne y hueso sigue ahí. Aunque tiene el rostro medio oculto por un móvil, su existencia es tan innegable como los latidos atronadores que han empezado a martillearme el pecho en cuanto la he visto.

«¿Adónde has ido?».

¿Cómo le digo yo a mi mejor amiga que no sé ni por dónde empezar a responder a esa pregunta?

ANTES

El aire es distinto en Outer Banks, pero también es cierto que todo es distinto. Las casas están construidas sobre postes de

madera para evitar que se las lleven las inundaciones. La carretera principal que se extiende en dirección sur es amplia, llana y solitaria. Ningún edificio tiene más de dos o tres pisos. Este sitio no tiene nada que ver con las zonas residenciales de Nueva York ni con el verano que en teoría iba a pasar vendiendo libros, consumiendo mi peso en yogur helado, haciendo de canguro de los tres mellizos de los Sullivan y muriéndome de envidia viendo en Instagram los selfis de Shannon en lo alto de la torre Eiffel.

No era un plan veraniego de ensueño, pero era mi plan. Y mi plan se fue al traste en cuanto mi madre entró en el apartamento y anunció que tenía una semana para meter en las maletas todo lo que fuera a necesitar durante el verano. No me hizo ninguna gracia, pero aún no tengo dieciocho años e ir a casa de mi padre por primera vez en vete a saber cuánto tampoco era una opción. Así que me pasé la semana depre. Vi mucha telebasura, me despedí de mis amigas, metí en la maleta toda mi ropa específica para estar depre y, finalmente, nos fuimos.

Es un poco degradante tener que quedarnos en la *suite* de invitados de la gigantesca casa de la playa del jefe de mi madre, pero al menos tiene un segundo dormitorio pequeño con una vista espectacular al Atlántico. Declan Killary, director ejecutivo de Decker Industries, o bien hizo algo muy bueno en su vida anterior, o bien hace un montón de cosas terribles en esta.

Al cabo de media hora, ya estamos instaladas y se requiere nuestra presencia en la cocina. Bueno, la presencia de mi madre. Yo la acompaño, porque qué leches voy a hacer si no.

Además, tengo hambre.

Por suerte, el señor Killary es generoso con todo lo que hay en la nevera y básicamente me anima a ponerme las botas antes

de repasar su agenda con mi madre. Teniendo en cuenta que esta es su residencia vacacional, una esperaría que este tipo estuviera más o menos ocioso, pero para cuando desconecto y me centro en el apio con crema de cacahuete, mi madre ya le ha recordado que tiene tres reuniones telefónicas, que debe revisar los planos de la renovación del despacho de Dallas y que tiene una cita a las diez en una vinoteca de Kill Devil Hills.

Yo me hago la loca y finjo no haber oído eso último; debe de ser humillante que una chica de diecisiete años oiga que tus planes románticos te los monta tu secretaria, aunque lo cierto es que el señor Killary no parece acordarse siquiera de que estoy allí.

Me concentro en rebañar tanta crema de cacahuete como puedo.

Mientras los dos están repasando la agenda de mañana, en la cocina entra un torbellino con una larga melena negra y piernas morenas aún más largas. Pasa como una exhalación delante de mí, casi me parte la boca con la puerta de la nevera, da un largo trago de una botella de agua de coco y suelta un suspiro tan fuerte que prácticamente hace temblar las paredes. Cualquiera creería que ni se ha dado cuenta de que en la cocina hay más gente, pero entonces suelta:

—Qué puto calor hace fuera. Me voy a la piscina. —El torbellino me mira fijamente. En mi vida había visto unos ojos con un tono tan parecido al dorado—. ¿Y tú quién eres?

—No seas maleducada, Jasmine —dice el señor Killary—. ¿Te acuerdas de Anya, mi secretaria? —Hace un gesto hacia mi madre, que ni se ha inmutado—. Esta es su hija, Larissa. Van a pasar el verano con nosotros. ¿No te lo dijo tu madre?

La tal Jasmine se encoge de hombros.

—Estaría pasando de ella cuando me habló. —Al menos es sincera. De repente, se dirige a mí—: ¿Tienes bañador?

Sí que tengo, pero me da que vale como quinientos dólares menos que lo que sea que vaya a ponerse ella. De todas formas, contesto:

—Sí.

—Genial, pues andando.

Y sin más, se marcha de la cocina, agua de coco en mano, y a mí no me queda otra opción que seguirla.

Es casi odio a primera vista. Se ve a la legua que es el tipo de chica que siempre consigue lo que quiere. El tipo de chica que hace que me odie un poco a mí misma, porque sé que seré igual que el resto de gente que quiere tenerla contenta. Me he pasado tres años siendo la mano derecha de Shannon Salter, así que detecto este tipo de personalidades tan rápido como detectarían los vaqueros ideales en un *outlet* de marcas, pero no por ello me da menos palo conocer a gente así.

Adoro a Shannon, pero ya me paso todo el curso siendo una segundona. No me apetece para nada pasarme el verano igual.

Pero una piscina es una piscina y, como me tengo que quedar aquí todo el verano, al menos me aseguraré de pillar un morenazo que te mueres.

Me lleva más tiempo del que debería elegir entre mi bikini de cuadritos favorito y otro rosa, más sexy pero aburrido (¿quiero presumir de buen gusto o de la cintura con la que me ha bendecido la genética?), pero al final opto por el primero. Por supuesto, Jasmine luce una tela diminuta con un patrón metalizado que mola mil veces más y presume de cuerpazo tonificado y con curvas, porque eso es lo que hace la gente como ella. Con un suspiro, me lanzo a la piscina.

Al menos no intenta darme mucha conversación, lo cual es un punto a su favor. No somete a la intrusa a ningún interrogatorio ni intenta analizar si supone una amenaza, así que quizás no se parezca tanto a Shannon. De hecho, se pone a leer un libro, algo que Shannon no haría jamás en la vida.

No sé cómo sentirme al respecto y, sin darme cuenta, soy yo la que le está dando conversación:

—¿Estás con la lectura obligatoria?

Jasmine no aparta la mirada de la página, pero levanta el libro lo suficiente para que vea que, definitivamente, esa no es la lectura obligatoria de su instituto... a menos que vaya a un instituto supermoderno donde te mandan leer novelas gráficas en vez de clásicos de señores blancos muertos. Lo cual podría ser, visto cómo me supera en todo lo demás.

—Mola. A mí también me gusta leer.

¿En serio he dicho eso? Por favor, que alguien me diga que no he dicho eso. ¿Qué será lo siguiente? ¿Hablarle de las quinientas novelas románticas que he intentado escribir y que quinientas veces he borrado? ¿Y por qué sigo cascando si está claro que Jasmine no tiene ningún interés en hablar conmigo?

—No sabía que tu padre tuviera hijos.

—Hija, en singular. —Jasmine alza la cabeza y la luz se refleja en sus gafas de sol de diseño—. Vivo con mi madre en Asheville. Sabías que mi padre está divorciado, ¿no? ¿O pensabas que tu madre se estaba tirando a un hombre casado?

Dios, está claro que es de Esa Gente. Pero yo estoy acostumbrada a Esa Gente. Sé cómo tratar a Esa Gente.

—Sé que está divorciado, pero nadie se está tirando a nadie. Si querías una cómplice para pasar un verano al estilo *Tú a Londres y yo a California*, me temo que te vas a quedar con las ganas.

Una sonrisa perfecta de dientes blancos casi me deslumbra.

—Uf, no se me ocurre nada peor. —Jasmine se sienta derecha y creo que me mira, aunque es imposible saberlo por culpa de las lentes de espejo de sus gafas de aviador—. Lo que me vendría bien sería una cómplice abstemia que nos trajera de vuelta en el coche después de la fiesta de esta noche. Molará, te lo prometo.

Nos conocemos desde hace una hora, ¿y ya me ha invitado a la piscina y a una fiesta? O Jasmine es una persona mucho más sociable de lo que parece, o se siente muy sola. Bueno, da igual. Aquí no conozco a nadie, así que no me queda otra que aceptar la invitación.

Y he aquí lo que aprendí ese día sobre Jasmine: siempre, siempre cumple sus promesas.